

1

LA BATALLA DE SAMOS

ISLA DE TRAIGA, COSTA JONIA

PRIMER AÑO DE LA 85ª OLIMPIADA (440 A. C.)

Sobre la popa del trirreme, encaramado en su silla de trierarca —aunque más que una silla aquello era un trono—, desde donde gobernaba no solo el trirreme, sino también toda la flota, parecía más imponente de lo que nunca lo llegué a ver en Atenas.

Raras veces se ponía su casco, salvo para entrar en combate, y ahora lo tenía en una mano, lo que era el mejor indicio de que la batalla iba a comenzar. Su yelmo, honor de los estrategas y del cual solo había otros dos que se igualasen en la armada, tenía una cresta púrpura que le imprimía tal solemnidad que oficiales y remeros se volvían una vez que él había pasado para contemplarlo.

La clámide, más propia de un caballero que de un marino, estaba medio oculta por una elaborada coraza de bronce. La coraza tenía un sobrefaldón que ocultaba el bajo vientre, y por debajo colgaba la tela, que se alargaba todavía un poco más y dejaba ver casi al completo las pantorrillas y el resto de las piernas. Estas eran muy musculosas y aportaban a su figura esa marcialidad de la que carecía cuando vestía el himatión con el que acudía a la Asamblea y que le daba ese aire entre solemne y dramático que requería el gobierno de Atenas.

El escudo, cuya divisa era un Eros armado con un rayo, emblema que se repetía en muchos miembros de su familia, descansaba sobre su silla, y su bronce refulgía en la semipenumbra, puesto que sobre la silla se extendía un tejadillo tan ligero como parecía serlo todo en aquel barco, salvo las armas de los hoplitas. Por eso la cubierta había sido fabricada con mimbre y servía a la vez de parapeto frente a las flechas y lanzas, además de constituir la única sombra. Allí era donde se reunían los cinco oficiales y los veinticinco suboficiales del trirreme.

No llevaba puesto el manto en los hombros; el sol no había recorrido ni un cuarto de su periplo, pero el calor de la costajonia en verano ya se hacía sentir, y, por ello, toda prenda de abrigo era inoportuna.

No era su aspecto de viejo guerrero —tenía cincuenta y ocho años por aquel entonces—, sino aquella mirada suya la que me tenía perplejo. Sentía que podía atravesar los cuerpos y ver nuestras entrañas, navegar sobre el canoso mar hasta la flota enemiga y saber qué estaba sucediendo en el trirreme de Meliso de Samos, astuto navarca de la flota samia, que en aquel momento era el mayor enemigo de Atenas.

Pero Pericles era un hombre mortal y no podía leer la mente de Meliso, aunque intentaba hacerlo con todas sus fuerzas. Sus conjeturas eran casi siempre acertadas, y como era prudente en un mundo donde el ímpetu se valoraba en exceso, eso lo hacía casi invencible, aunque luego él trató de descubrirme todos sus errores para enseñarme el oficio y que viese que no era ni el mejor estratega ni un semidiós.

A menudo lo había visto en la Asamblea en plena actividad, arrojando esas frases que, como venablos, hacían que nos estremeciéramos, esas preciosas y escogidas palabras que brotaban como un torrente de primavera sobre nuestras pétreas cabezas. Por eso nunca había pensado en que detrás de cada acto, palabra, gesto y aflicción que dejaba aflorar —era famoso porque raras veces mostraba en público sus sentimientos— meditaba largamente.

Ahora estaba reflexionando mientras escrutaba el horizonte. No era una mirada perdida, ni un descanso antes de la batalla, sino que realmente el ligero bizqueo se debía a que estaba tratando de averiguar qué era lo que iban a hacer los barcos enemigos.

—Lisicles, ¿cuántos crees que hay? —me preguntó. Su voz también se había transformado; ahora ya no buscaba embaucar a nadie, y desde que se había embarcado, sus frases eran tan lacónicas que no semejaba ser el mismo hombre habituado a la elocuencia.

Los trirremes de los samios estaban distribuidos frente a la isla de Traiga en una formación impecable de veinte barcos alineados en vanguardia. El vigía que se había subido al palo mayor, que todavía no había sido abatido para la batalla, había hecho un gesto con la mano alzando tres dedos para indicar que había tres filas de trirremes esperando tras los veinte que alcanzábamos a ver.

—Hay sesenta naves —le dije cuando observé el gesto del marinero. Cuando bajó del palo, este se abatió completamente.

—Es lo que yo había calculado —contestó Pericles—. De los sesenta barcos al menos cuarenta serán samios, veinte fenicios y el resto los habrán enviado los persas camuflándolos como griegos para que no pensemos que han vulnerado el tratado de paz.

Luego supimos que eran setenta y no sesenta, ya que había diez trirremes esperando tras un islote para atacar por sorpresa por poniente y que fueron los que mayores bajas causaron en la flota.

Entonces, se subió a la silla de trierarca para dar las órdenes. Por lo que sabía de él, raras veces usaba ese privilegio, tan solo cuando entrábamos en batalla, ya que las más de las ocasiones dirigía a los oficiales sobre la cubierta. Todavía había muchas cosas que desconocía de él, aunque me trataba como si ya supiese mucho de mí. Bien sabía yo que había pe-

dido referencias a mis maestros y conocidos antes de reclutarme en su barco.

Aquella era la primera vez que me embarcaba bajo sus órdenes como oficial timonel, que en la jerarquía significaba que era el segundo en el mando, lo cual era el mayor honor que uno podía tener después del capitán de la nave.

Nos convocó a los cinco oficiales y, señalando la flota con la mano derecha, describió gráficamente cómo iba a plantear el ataque.

Pero no era así como debía comenzar la batalla. Pericles lo sabía, y para alargar un poco más la espera, siguió meditando y rumiando algo incomprensible entre dientes.

Llamó al oficial de proa y le dio órdenes de que intentase averiguar a lo largo de la batalla cuáles eran los toques de trompeta tirrénica del enemigo que indicaban las distintas maniobras, y qué significaban las banderas que tenían izadas en la popa y que sin duda eran las claves de la batalla. Era vital adelantarse a las maniobras de los samios.

Era la única misión que se le encomendaba, y el oficial fue los ojos y oídos de los atenienses a partir de aquel momento, y a pesar de sus ansias de combatir no apartó la vista del barco insignia de los samios, intentando descifrar los estandartes del castillo de popa y los toques de trompeta. Si iba a haber una segunda batalla, aquella era la información que valía la victoria.

Hubo entonces una calma tensa; los ciento setenta remeros del trirreme alzaron los ojos para ver qué estaba ocurriendo sobre la borda, y entonces Pericles se bajó de su trono para pasearse por cubierta y que aquellos esforzados hombres pudiesen oírlo. Su voz llegó a los remeros que se distribuían encajonados y con el justo espacio para maniobrar en tres filas que iban desde las cuadernas de la nave hasta la cala del navío, donde el ambiente era sofocante y húmedo. Y usando la firmeza y abusando de ella y de la seguridad de viejo marino, abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba y dijo:

—Hombres libres de Atenas, sabéis bien que los ojos de Grecia están puestos en nosotros. ¿Dónde estaban los samios cuando los atenienses libraron la batalla de Salamina? ¿Lucharon acaso con los griegos para liberar Grecia del yugo persa? —Hizo una breve pausa, levantó todavía más las dos manos al cielo y luego bajó una de ellas con el puño cerrado como si hubiese atrapado algo mientras decía con voz atronadora—: No. Pelearon con los persas y con los fenicios. Traicionaron a Grecia, como si fuesen cobardes. —Pericles olvidaba, o quería olvidar, que la isla de Samos fue reclutada por Jerjes con una oferta difícilmente rechazable: o se unían a los persas o la arrasaban y esclavizaban a la población—. Y nosotros ¿qué hicimos? Liberamos Grecia cuando todos creían que nos someteríamos. Y después de liberar la Hélade del yugo persa, creamos una liga para combatirles. Y liberamos Samos, y les dejamos unirse a la Liga de Delos. ¿Y tuvieron acaso que pagar el foro? —Aquí Pericles no mentía, ya que Samos era de las pocas ciudades que, a pesar de pertenecer a la Liga de Delos, no estaba obligada a pagar el foro—. ¿Y qué hicieron los samios como pago cuando fuimos tan generosos con ellos?

Nunca había oído hablar así a Pericles. En la Asamblea se comportaba de una forma más moderada, pero en la Asamblea estaba frente a los ciudadanos de Atenas que, en definitiva, esperaban oír una disertación retórica e ingeniosa y no rudas palabras dirigidas a la marinería. Y los remeros, con las cabezas alzadas hacia él —la admiración que sentían era tal que sus rostros estaban iluminados solo con verlo moverse por cubierta—, lo único que querían era que les hablase de la batalla en un lenguaje que pudiesen comprender.

—Los samios nos lo pagaron atacando a nuestra aliada Mileto. La indefensa y siempre fiel Mileto, la que por no someterse a los persas fue devastada y esclavizada, la que siempre fue amiga de Atenas, nuestra mejor aliada en la Jonia. ¿Hay algún milesio entre nosotros?

Un remero alzó la voz desde el fondo del barco. Pericles lo hizo salir de su banco y le pidió que subiese a cubierta. El marinero pestañeó bajo la luz del sol, y, aunque era un hombre libre, agachaba abochornado la cabeza.

Pericles lo conocía; sabía que había estado en Samos un mes antes como soldado de uno de los destacamentos atenienses, y que cuando estalló la revuelta le habían dejado ir, no sin antes marcarlo al rojo vivo. Pericles personalmente se había encargado de reclutarlo como remero talamita en su trireme —de los que bogan en el orden inferior del barco, y por tanto su fatiga al remar no es tan grande como los que están sobre él y tienen que hacer un mayor esfuerzo para que avance la nave—. Le quitó el gorro frigio que le cubría parcialmente la cabeza, y la frente del marinero quedó al descubierto mostrando una cicatriz.

—¿Habéis visto la cicatriz de su frente? —Y paseó por cubierta al marinero, al que llevaba agarrado por los hombros—. ¡Es una naveta! —gritó—. ¿Y quién te la hizo, buen hombre?

—Los samios —dijo el marinero.

Pericles acercó su boca al oído del remero y le susurró:

—Dilo más alto para que todos lo oigan.

—¡Los samios! —exclamó el hombre—. ¡Los samios me tomaron prisionero y me marcaron al rojo vivo con su moneda en la frente!

La moneda de Samos tenía en su cara el dibujo de una de sus embarcaciones que ellos llamaban navetas y que tenían una curiosa proa en forma de nariz de jabalí.

—¡Cuando tomemos Samos —gritó Pericles— os prometo que marcaremos sus frentes con una moneda ateniense! Y tendrán como divisa la lechuza para que todos sepan lo que han hecho. Os prometo que sufrirán más de lo que ellos podrán imaginar. Desearán haber muerto en la batalla. Sus mujeres recogerán sus cadáveres en las playas y sus hijos serán vendidos como esclavos. Todas las polis del Egeo lo recordarán, y ninguna ciudad de la Liga volverá a traicionarnos.

Entonces tomó la copa que le ofrecí para hacer las libaciones, bebió un poco, arrojó por la borda el resto del vino y recitó un peán:

—«Invoco a Palas, destructora de ciudades, santa hija del gran Zeus, domadora de caballos. A Palas, diosa terrible que despierta el tumulto de la batalla».

Los demás marineros corearon las estrofas que él había recitado. Las naves que teníamos a babor y a estribor, al oír el canto de batalla, se unieron en una única voz que difundía los versos por la superficie del mar.

Era la señal. Una vez cantado el peán, era seguro que comenzaría la batalla. Pericles iba a dar las órdenes; se puso su casco, se sentó en la silla de trierarca y ordenó avanzar. Se cubrió con una gran lona a los remeros para protegerlos de las flechas enemigas y la trompeta tirrénica tocó avance en formación. El oficial del compás marcó el ritmo al que los remeros debían bogar, un flautista lo relevó y a partir de aquel momento todos bogaron al unísono con una disciplina que era el mayor orgullo de la flota. Su armoniosa marcha era el fruto de ocho meses de duro entrenamiento cada año entre el puerto del Pireo y del Falero.

Cuando estábamos a una distancia de dos estadios, Pericles ordenó dividir la armada en dos: íbamos a atacarlos por los flancos para evitar los temibles espolones de los trirremes. Él quería ganar la batalla, pero no destrozar los barcos. Entonces, para que el ataque fuese efectivo, los remeros aceleraron el ritmo para poder rodear la formación de los samios. El plan de Pericles era conseguir embestirlos por los costados y por la retaguardia.

El trirreme de Pericles encabezó la marcha por babor, mientras que el del otro estratega, Hagnón, se dirigió por estribor con la otra mitad de las naves atenienses. Habíamos izado en el castillo de popa una bandera roja que indicaba a toda la flota que se iba a realizar una maniobra de periplo de las líneas enemigas, algo arriesgado, ya que las

fuerzas estaban casi igualadas y el movimiento exigía toda la pericia combinada de los dos estrategias para que diese sus frutos.

Las naves de Meliso se vieron envueltas por nuestros barcos lo mismo que los atunes son cercados por las redes de los pescadores.

El enemigo, ahora que la estrategia de Pericles había sido revelada, intentaba reordenar la formación para que los espolones de los barcos defendiesen los flancos izquierdo y derecho que Pericles se proponía a destrozar. Pero Meliso no podía maniobrar con toda la velocidad y disciplina que se requería. Y de esta forma solo tres trirremes en cada lateral de la flota samia habían conseguido reorientarse para evitar la embestida, y el resto de sus sesenta trirremes estaba prácticamente inoperativa, pues sus espolones, la mejor arma de sus navíos, no estaban encarados a los barcos de los atenienses cuando Pericles había llegado a su altura.

Cuando la flota ateniense logró ver las popas de los samios, Pericles me ordenó cambiar el rumbo:

—Ahora, Lisicles —me indicó—, vira a estribor al toque de la trompeta.

El trompeta tocó la señal convenida la noche anterior y los veinte trirremes al mando de Pericles ejecutaron la maniobra en un único movimiento para enfrentarse a los samios. Las robustas quillas de roble soportaron la brusca maniobra sin crujir por el repentino cambio de rumbo.

Los otros veinte trirremes al mando de Hagnón hicieron lo propio en una maniobra simétrica a la nuestra para atrapar la armada de Meliso entre dos frentes y, lo que era peor, enfilas los espolones contra las popas de los trirremes de la retaguardia samia.

Meliso hizo avanzar a toda su escuadra para evitar el embudo en el que se había quedado atrapado, pero era tarde: la flota ateniense embestía ya sus laterales y su retaguardia bajo la lluvia de flechas con la que se defendían los samios tra-

tando de evitar el ataque. Solo restaba esperar el choque brutal de nuestro espolón contra la popa del barco samio.

Los hoplitas de la armada ateniense, protegidos con sus pesadas corazas y cascos, alzaron sus escudos en formación cerrada para proteger a los arqueros y oficiales de nuestra cubierta. Una lluvia de flechas y lanzas que vomitaban los barcos de Meliso intentaba evitar que nos pudiésemos aproximar a su cubierta. De cuando en cuando, y en perfecta coordinación, los hoplitas dirigidos por un oficial abrían la muralla cerrada de sus escudos para que los arqueros atenienses escondidos tras ellos pudiesen apuntar y dirigir las flechas contra las cubiertas enemigas, o para que los mismos hoplitas arrojasen sus lanzas cuando el objetivo se puso a tiro.

Los veinte trirremes de la vanguardia de Meliso fueron arrollados por los espolones de la proa de los barcos atenienses. El choque fue tan brutal que el trirreme de Pericles crujió por el impacto y los que estábamos de pie caímos sobre cubierta.

La sacudida pareció no haber hecho mella en él, y agarrado a la silla dio órdenes de retroceder para que el espolón, que había herido la popa del trirreme samio con sus tres dientes erizados de picas, saliese lo antes posible del barco para una segunda acometida.

—¡Ciar! —gritó Pericles. Y todos los marineros del trirreme emitieron un gemido bajo la tensión del esfuerzo que suponía el mover los remos en sentido contrario.

Los gritos de los marineros samios, muchos de ellos destrozados por el espolón ateniense que había penetrado justo sobre su línea de flotación, se oyeron desde donde estábamos. Sus arqueros, que al principio habían perdido el equilibrio por el golpe del espolón, se irguieron sobre la nave escorada y arrojaron una lluvia errante de flechas sobre nosotros, mientras su barco se iba irremisiblemente a pique. Los oficiales samios, viendo que su barco se hundía, saltaron sobre nuestra cubierta en un intento desesperado de abordar la nave. Pero

su escaramuza terminó en fracaso, y a medida que los oficiales y soldados nos abordaban, acababan destrozados por los hoplitas atenienses que mantenían una formación de ataque sobre la proa.

—¡Ciar! —volvió a ordenar Pericles. Y a un nuevo toque del flautista, los remeros repitieron la maniobra.

Al final, el espolón del trirreme consiguió librarse del casco del navío samio, y entre las escorias de madera, se sacudió y adquirió velocidad distanciándose para una segunda acometida a este o a otro trirreme que Pericles iba a señalar.

Pero, en contra de lo que pensábamos, Pericles no ordenó otro ataque, sino que mandó retroceder hasta que el barco samio se hundió en el mar.

Los marineros samios salieron como pudieron del barco, evitando hundirse con él, y el mar se cubrió de pronto de cientos de hombres que nuestros arqueros y hoplitas se encargaban de rematar.

Meliso, que estaba ya a más de cinco estadios de donde se desarrollaba la batalla, viéndose vulnerable, hizo avanzar al grueso de sus barcos para hacer con nuestra flota lo mismo que nosotros habíamos hecho con él. Intentaba rodearnos por babor y estribor y alcanzar así nuestras popas.

Pericles debió de intuir algo, y sabiendo que si Meliso lograba su propósito sería la perdición de los atenienses, estaba atento a sus maniobras. Mandó izar el palo mayor y envió un vigía a lo alto, y este le confirmó sus sospechas: Meliso iba a intentar la maniobra envolvente del periplo y atrapar a la escuadra ateniense.

El estratega ordenó poner en lo alto una bandera amarilla que fuese visible para toda la flota, que con el estruendo de la batalla era incapaz de oír el toque de trompeta. Al acto, sus trirremes y los de Hagnón retrocedieron abandonando las popas de los barcos samios y se organizaron en posición de defensa. En formaciones de a diez trirremes, los barcos completaron un círculo con sus proas hacia fuera y sus popas casi

tocándose. De esta forma, al igual que un erizo en el medio del mar, Pericles intimidó con sus broncíneos espolones a los trirremes de Meliso, que, incapaces de vencer aquella terrible estructura, no tuvieron más remedio que izar la vela mayor y huir apresuradamente hacia la isla de Samos para defender el puerto.

El mar se cubrió por igual de remos y muertos. Los pocos soldados samios agonizantes fueron destrozados por la armada ateniense, los remataban con lanzas y hachas, dejando un mar plagado de cadáveres que la corriente llevó a la costa de Samos.

Pericles ordenó recoger a todos nuestros muertos, muchos de ellos mutilados y otros, los más, ahogados, ya que aquellos barcos que Meliso había escondido como reserva para emboscarnos habían atacado por el flanco izquierdo cuando ya la batalla parecía ganada. El resto del día lo encomendamos a dicha labor, y las piras funerarias ardieron toda la noche en la costa de Mícala, donde fondeaba la flota ateniense.

Los muertos fueron agrupados en piras según su tribu de origen, y antes de la inhumación un oficial se encargó de ponerles una moneda en la boca para pagar a Caronte. Los huesos y cenizas se recogieron en distintas urnas, que se llevaron a Atenas antes de que las Pléyades se ocultaran en el horizonte, lo cual ponía fin a la época de navegación.

2

LA INFLUENCIA DE ASPASIA

En Atenas, antes de embarcarnos, el rumor más maledicente era que íbamos a la guerra contra Samos instigados por la mismísima Aspasia de Mileto, que por aquel entonces ya era la mujer más famosa de Atenas. Yo, que la conocí bien, podría jurar por Zeus que era merecedora de aquel epíteto y de otros muchos más.

Samos se había enfrentado con Mileto por un asunto religioso. En principio, fue una disputa trivial: Samos quería que las fiestas de Panionian se celebrasen en Éfeso, y Mileto en Priene. El asunto se complicó y ambas polis terminaron enfrentando a sus tropas.

Hay que decir que Mileto contaba con un ejército muy reducido. Pagaba el foro a Atenas como miembro de la Liga de Delos y Atenas, a cambio, se encargaba de asumir su defensa.

Samos también pertenecía a la Liga de Delos, pero no pagaba ni un solo talento a Atenas, puesto que costeaba una flota propia para su defensa. Eso hacía que tuviese la mayor armada de la costa jónica del Egeo.

Al final sucedió lo que tenía que pasar. Desde Mileto enviaron a Atenas una embajada pidiendo socorro, embajada formada por amigos y familiares de Aspasia, y que por supuesto fue recibida por ella antes de que lo hiciera el Consejo. Y Aspasia, después de oírlos, con esa favorable predisposición con la que las mujeres escuchan todo aquello que proviene de su polis, se encargó de convencer de la gravedad del asunto a Pericles.

Para cubrir los formalismos, Pericles presentó a los embajadores ante el Consejo de la ciudad, donde escucharon sus súplicas. Aspasia les había construido un bello y conmovedor discurso, y ello, sumado a la gravedad de la situación, hizo que el Consejo diese el visto bueno.

Luego Pericles convocó a la Asamblea, que era la que tenía el poder de decidir si se enviaban o no las tropas. E hizo lo propio, es decir, convencerlos de la importancia de ayudar a Mileto. Y para ello sacó del archivo público una alianza que Atenas había firmado con Mileto diez años atrás, de la cual ya casi nadie se acordaba, ya que Atenas tenía firmadas alianzas con muchas ciudades griegas, pero el estratega les recordó que, en efecto, incluía asistencia en tales casos.

Y como Pericles era todavía más persuasivo que Aspasia, y como el Consejo, que era el que tenía aquella potestad, ya había determinado que la flota ateniense se pusiese en marcha para ayudar a Mileto, la Asamblea corroboró el asunto y quedó decidido que socorriéramos a la ciudad natal de Aspasia.

Samos estaba gobernada por una oligarquía dirigida por Meliso. Lo de la oligarquía no gustaba tampoco mucho a Atenas, que hubiese querido que todos los miembros de la Liga de Delos tuviesen democracias, no solo porque consideraba que la democracia era la forma suprema de gobierno, sino también porque en una democracia podía apoyar con dinero a aquel partido que más le interesase, y en una oligarquía el favor de los tiranos era más difícil de manejar.

Meliso, el enemigo de Pericles, era, además de oligarca, una eminencia como filósofo. Había escrito un libro que podía leerse en Atenas en casa de los maestros. Protágoras y Anaxágoras conocían sus escritos, al igual que el mismo Pericles, que cuando supo que iba a la guerra contra él, echó mano del rollo de papiro para saber a qué hombre se estaba enfrentando.

Su obra, que se denominaba *Sobre la naturaleza o sobre el ser* —para ser francos, todos los grandes hombres del momento titulaban su obra con estas palabras u otras parecidas—, creo recordar que comenzaba con algo así como: «*Si nada es, ¿qué podría decirse de ella como si fuera algo?*». Y ya no recuerdo cómo continuaba, puesto que para mí era tal embrollo que poco pude sacar en claro. Hay que decir en favor de Meliso que mi entendimiento, como decía mi maestro Protágoras, era bastante escaso sobre dichas materias, y todo lo más que logré comprender, a pesar de la dedicación de Protágoras, eran aquellas afirmaciones suyas cuando decía que «nada se mueve», o tan oscuras como aquella de «si algo es, ha de ser eterno», y si tuviese que explicárselas a alguien, estoy seguro de que no podría.

Pericles, que hasta entonces se había tomado muy en serio el libro de Meliso, ahora que las circunstancias habían cambiado, despreciaba su obra con sarcasmo:

—Si algo es eterno, lo es precisamente la estupidez de los hombres. —Y de esta forma hacía escarnio de lo que antes había sido objeto de su respeto.

Pero la Asamblea no envió a Pericles como era de suponer. Al principio mandaron a otro de los diez estrategas con cuarenta naves para tomar Samos, hacer que depusiese las hostilidades contra Mileto e instaurar de paso la democracia. ¡Ah, y se me olvidaba!: y por si los samios no entraban en razones, se tomaron cincuenta rehenes samios, todos ellos niños, y se dejaron en la cercana Lemnos, donde Atenas tenía una colonia.

Eso de la democracia, los niños rehenes y los soldados atenienses en la mismísima Samos es de suponer que no les hizo la menor gracia a Meliso y sus partidarios.

Por eso Meliso huyó al continente asiático y, aprovechando que el sobrino de Jerjes gobernaba en Sardes, se le ocurrió que no había mejor aliado para luchar contra Atenas que los mismos persas.

En Sardes estaba Pisutnes, sátrapa persa, que sentado en su trono —y aquel sí que se trataba de un trono y no el que tenía Pericles en el trirreme— le respondió que Atenas y Persia habían firmado un tratado de paz diez años antes y que no podía hacer nada para vulnerarlo —Artajerjes le cortaría literalmente la cabeza a pesar de ser el sobrino de su padre y, por tanto, primo suyo—. Eso lo dijo bien alto y claro, porque sabía que Sardes estaba llena de espías que no tardarían en comunicar a Atenas rápidamente que los persas rompían el tratado de paz, y a Artajerjes, que Pisutnes era el causante de dicha estupidez.

Pero cuando Meliso salía de Sardes, Pisutnes le envió las tropas que precisaba, todas ellas pertrechadas como si fuesen griegos, y puso a su disposición un rollo de papiro que debía entregar a los fenicios para que se uniesen a su causa aportando varios barcos a su flota.

Así que Meliso se vio apoyado nada menos que por el sátrapa persa y por los fenicios, que, ya se sabe, si es para luchar contra Atenas, son los primeros en embarcarse.

Meliso juntó setecientos hombres que asaltaron Samos por la noche —en Samos solo estaba una guarnición ateniense— y, tomando a los atenienses como prisioneros, los entregaron a Pisutnes, y a algunos que liberaron los marcaron al fuego con una moneda samia en la frente para «demostrar» su poder. Luego Meliso liberó a los niños rehenes de la isla de Lemnos.

Cuando las noticias llegaron a Atenas, ya no quedó más remedio que enviar el grueso de la armada para evitar males mayores. Y nombraron a Pericles, acompañado de otros dos estrategas, Formión y Sófocles. Sí, lo he dicho bien: Sófocles, el dramaturgo.

Nadie en Atenas dudaba que ahora Meliso estaba perdido, y no porque en los barcos fuese Sófocles, claro está. Nadie es un decir, ya que Formión y Pericles sospechaban que aquella iba a ser una batalla difícil de ganar. Y mientras ellos

no hacían más que reunirse con los capitanes, Sófocles, por su parte, con ese optimismo que lo caracterizaba, lo único en lo que pensaba era en el honor de la batalla.

Sófocles había ganado las Dionisias el año anterior con su *Antígona*, y había sido nombrado estratega gracias a la aclamación del pueblo ateniense. De forma insensata la Asamblea de Atenas le dio el mando de nada menos que quince trirremes. Nadie reparó en que Sófocles contaba ya con cincuenta y siete años, y aunque era un hombre vigoroso, ya que raras veces había dejado de frecuentar el gimnasio, todos sabían que nunca había destacado en batalla alguna y que, seguramente, si su trirreme se hundía, no podría alcanzar la costa a nado.

Como Sófocles no quería disgustar a nadie, aceptó encantado ser estratega. Se dijo que el cargo era solo por un año, y no vio peligro, porque cuando lo nombraron no había ninguna batalla en ciernes. Pensó, además, que tendría como colega a Pericles, votado anualmente como estratega nada menos que durante quince años.

Sí, pensó, su gran amigo le daría el consejo adecuado para cada momento.

Por su parte, Pericles, cuando vio que la Asamblea casi por unanimidad nombraba estratega a Sófocles, se apartó el himatión que lo envolvía y, llevándose las manos a la cabeza, pronunció aquella frase: «*Prefiero a Sófocles como dramaturgo que como soldado*», lo cual no necesitaba más comentarios.

Pero Pericles estaba inquieto, lo estuvo durante el trayecto de ida a Samos mientras el trirreme fondeaba en los puertos de las islas del Egeo para pasar las noches y alimentar a la tropa, y lo estuvo más cuando arribó a la costa jonia y los espías le dijeron cuál era la situación.

Desde las guerras médicas, Atenas nunca se había visto con rival tan problemático, y cuando llegamos a Mileto para socorrerla, Pericles mudó el semblante, puesto que ya había sido atacada por Meliso —recordemos que el padre de As-

pasia vivía allí, y Meliso se ensañó especialmente con sus propiedades mientras el anciano huía de la ciudad—.

Por eso Pericles salió al encuentro del samio cuando este volvía de atacar Mileto, justo frente a la isla de Traiga, y allí fue donde tuvimos la batalla que acabo de relatar.

3

LA VICTORIA

Después de nueve meses de asedio, sucedió lo que había predicho Pericles: habíamos ganado la guerra y Samos pasó a ser conocida como «la rica en signos», ya que sus ciudadanos fueron marcados al rojo vivo con la lechuza de Atenas en su frente.

Pericles destruyó sus murallas, se apoderó de los trirremes de Meliso y multó a los habitantes de la isla con tal suma de dinero que no pudieron pagarla de una sola vez. Los talentos que partieron hacia Atenas dieron un breve descanso a las maltrechas finanzas, y Pericles, que ahora se desvivía por justificar los gastos y equilibrar los ingresos, recibió en Samos con sorpresa la noticia de que había sido llamado para hacer el discurso en los funerales de Estado que se iban a celebrar ese mismo verano en Atenas.

Los prisioneros samios fueron exhibidos en la plaza de Mileto, y Pericles se encargó personalmente de que los encadenaran sobre tablas de madera. Durante diez días los habitantes de Mileto desfilaron uno por uno escupiendo en sus caras y maldiciéndolos, mientras los soldados defenestrados, reducidos ya a simples despojos, morían de sed bajo el sol del verano jonio. Los milesios aumentaban sus tormentos derramando agua a sus pies y mostrándoles bocados de comida mientras oían las súplicas desesperadas de los prisioneros.

Pericles consintió la agonía hasta que los soldados, con la piel quemada por el sol y las carnes consumidas por el ayuno

y la sed, imploraron la muerte por compasión a todos los que pasaban por el ágora. Los ciudadanos de Mileto, entre los que se encontraba el padre de Aspasia, no mostraron piedad alguna.

Los soldados atenienses, curtidos de muchas guerras, y que habían pasado por grandes penalidades por culpa de los samios, al principio se acercaban a ver el sufrimiento ajeno, pero a medida que transcurrían los días, evitaban pasar por allí para no ver el espectáculo.

Al final Pericles los mandó matar, y la única frase que salió de sus labios en todo ese tiempo fue la sentencia del poeta Píndaro:

—Más vale ser envidiado que compadecido.

Todos sabíamos que solo así se daría satisfacción a los habitantes de Mileto.

Cuando llegó a Atenas, Pericles contuvo a las voces de la Asamblea que pedían un castigo más ejemplar aún: matar a los varones y esclavizar a las mujeres y niños de Samos. Pero Pericles estaba harto de tanta miseria y crueldad; no iba a permitir más muertes, ni siquiera las del enemigo. Les dijo que era mejor ser prácticos y perdonarles la vida y la libertad argumentando que necesitaban que los samios trabajasen para Atenas. De esta forma les impuso una multa desorbitada que pagarían con sudor y lágrimas durante años.

En cuanto a nosotros, los soldados, no nos inmiscuimos en si era justo o no torturar o matar. Se nos educa para estar orgullosos de Atenas, y tonto sería mostrarse piadoso con el enemigo, puesto que sabíamos que nuestra polis no solo es célebre por ser bella y cuna de filósofos, sino también porque mantiene su poder a costa de los demás usando la tiranía o la crueldad. No hay generación en Atenas que desconozca la guerra y la venganza.

4

EL DISCURSO FÚNEBRE

Esperando el panegírico de Pericles, las mujeres de Atenas lloraron en el ágora a sus muertos. Los difuntos habían sido divididos en diez urnas, una por cada una de las tribus del Ática, y sus huesos se habían expuesto durante tres días en el monumento a los héroes epónimos del ágora.

Familias de toda el Ática llegaron a Atenas para honrar y llorar los restos de los hombres que amaron y conocieron, con los que compartieron dichas y penurias, y que ahora se veían reducidos a polvo y huesos en aquellas solemnes urnas de ciprés.

Junto a las urnas las familias depositaban toda clase de objetos hermosos: coronas de flores, objetos amados en vida por el soldado y léцитos blancos para las libaciones adornados con estelas alegóricas a la bajada al infierno y que habían sido encargados para la ocasión a los alfareros del Cerámico. Las pequeñas jarras ya contenían leche, miel o vino para regar la tierra y dar de beber a los difuntos en el inframundo.

Tras el velatorio, que se prolongó durante tres días, desfilaron todos los ciudadanos de los *demoi* de Atenas. La ciudadanía implicaba muchos derechos, pero la principal obligación era honrar a sus muertos. Las urnas solo contenían huesos y cenizas de aquellos que la poseían. Por mucho que los extranjeros hubiesen luchado a sueldo de la polis, las leyes eran estrictas al respecto y no les permitían ser enterrados como ciudadanos.

El cortejo fúnebre partió del ágora al amanecer del Ágora y se encaminó hacia el barrio del Cerámico. Recorrió aquel barrio de herreros, pintores, carpinteros y ceramistas de los cuales había recibido su nombre. Muchos de ellos habían forjado las espadas de los hoplitas, otros tantos habían ase-rado y pulido los remos de los marineros, los pintores ha-bían coloreado los aterradores ojos de los trirremes y los alfareros habían moldeado los lébitos. De ellos solo unos pocos eran ciudadanos, y al resto se les despreciaba llamán-dolos metecos. Pero esos metecos asistían al entierro porque se sentían miembros de la ciudad, y, sin ser invitados, cerra-ron sus tiendas y talleres para seguir el cortejo fúnebre con la solemnidad que el acto requería.

Las diez urnas fueron llevadas sobre literas que portaban los ciudadanos de cada tribu, y a rebufo de todas ellas cerraba la procesión una vacía en honor a los desaparecidos en la gue-rra. Muchos eran los que se tragaba el mar, por mucho em-peño que los capitanes pusiesen en recoger a sus muertos. El castigo de abandonarlos era tan terrible que no era extraño que un estratega fuese condenado por ello al destierro o a la muerte.

Al ser un funeral de Estado, se permitía a todos participar del cortejo, y, por ello, extranjeros, mujeres e incluso esclavos se unieron a la comitiva. Los extranjeros se distinguían de los ciudadanos porque, al no tener tribu, no podían seguir la urna correspondiente, así que se pusieron al final junto a los esclavos.

A las mujeres, que por lo general nunca asistían a los fune-rales salvo de familiares muy cercanos, al ser esta una ocasión tan solemne, se les autorizó por un breve instante a formar parte de la vida pública de Atenas. Agrupadas según la tribu a la que pertenecían, seguían cada una a su urna dándose golpes en el pecho y gimiendo. Ocultaban sus rostros con velos ne-gros, y las más pudientes contaban con esclavos para abani-carlas o protegerlas con un parasol porque, aunque el cortejo

había comenzado al amanecer, el sol ya estaba alto cuando alcanzaron las puertas de la ciudad.

Las mujeres entonaban un treno, y, cuando decaían sus voces, los hombres continuaban la triste salmodia. Y detrás de cada tribu los flautistas tocaban acompasadamente el oboe.

El cortejo salió de la ciudad por la puerta del Dipilón y llegó al sepulcro público, que estaba al borde del camino. El cementerio estaba en el barrio del Cerámico Exterior, y era dividido en dos por la Vía Sacra. Un mes más tarde el pueblo ateniense volvería a hacer el mismo recorrido a la inversa para celebrar sus fiestas en honor a Atenea, y las lágrimas y trenos que ahora oíamos mudarían en alegría e himnos en honor de su diosa.

Se enterraron las urnas, se cubrieron con sillares y se colocó un bello monumento con poleas y cuerdas para señalar el lugar donde dormirían para siempre los restos de los ciudadanos. ¿Acaso no son hermanos la muerte y el sueño?

Entonces, subiéndose a una tarima, Pericles, que había sido designado por el Consejo para pronunciar un discurso, habló a los ciudadanos con aquellas bellas palabras que había pasado días construyendo entre las paredes de su casa.

Y su voz, atronadora como un dios olímpico, que él modulaba con esos efectos que Protágoras nos había enseñado a realizar, era a la vez una declamación en orden perfecto y sentimiento severo. Sin duda, Pericles era el hombre que mejor transmitía la tragedia de la guerra y reconfortaba a los huérfanos, viudas y padres de los muertos, muertos que por un momento fueron elevados a la categoría de héroes a través de la belleza del discurso.

No comprendía cómo él no lloraba y se emocionaba al pronunciar aquellas palabras. Cuando, afligidos, las lágrimas rodaban por nuestras mejillas, él aún podía encontrar una palabra elogiosa que honrase a los soldados, que reconfortase a las viudas y a los hijos, a los que ensalzaba y hacía partícipes del momento.

Mi mejor amigo, Tucídides, permanecía a mi lado agarrando mi mano y con la cara embotada por la emoción. Yo sabía que estaba profundamente conmovido, como lo estuvo durante muchos días en los cuales se le veía meditar paseando por los jardines de la Academia sin buscar la compañía de los hombres, intentando recordar las frases de Pericles y recogerlas en un papiro.

Sófocles, que seguía siendo estratega, ocupaba las primeras filas, donde se enjugaba las lágrimas con una esquina de su himatión y sentía la muerte de los compañeros de armas. Le habían encargado el bello poema que adornaba la sepultura y que no podíamos leer todavía porque Pericles lo ocultaba a la multitud.

El arconte polemarcha, que presidía los funerales de Estado, subió al monumento fúnebre portando tres lébitos para las libaciones: uno contenía vino, el otro miel y el tercero leche. Los derramó sobre la tumba como homenaje a los muertos que en el inframundo recibieron la ofrenda bebiendo con placer las dádivas.

Pericles bajó de la tribuna entre el silencio que reconocía su mérito. Las mujeres que habían traído flores para adornar el sepulcro se acercaban a él y le ponían coronas en la cabeza y guirnaldas en el cuello, ungiéndole con parte de las esencias que contenían los lébitos y que luego adornarían la tumba.

Y de esta forma Pericles, ungido por los perfumes y coronado de flores como el mismísimo Dioniso, avanzó por la Vía Sacra sin parecer ser consciente de que había despertado tal catarsis que le hubiésemos dado todo lo que nos hubiese pedido en aquel momento.

Las mujeres se cortaron un mechón del cabello y lo dejaron como último tributo sobre la tumba. Las que sabían leer acariciaron sobre la lápida el nombre de su marido muerto, escrito cada cual bajo el nombre de su tribu.

Si Pericles había logrado consolar nuestro sufrimiento por unos instantes, el Estado ateniense se encargaría de compen-

sar a los familiares. Los prítanos ya tenían una lista expuesta en el ágora para dar a aquellas familias una ayuda: los hijos recibirían educación gratuita del Estado ateniense hasta los dieciséis años y las viudas, asistencia en casos de penuria. Y como los muertos fueron muchos, toda una generación de jóvenes se formó por los maestros que contrató Atenas sin que sus madres los instasen a trabajar para sostener la familia.

Cuando ya todos nos retirábamos surgió la voz de una mujer:

—Estos hechos son admirables y dignos de coronas —le dijo a Pericles señalándolo—, pero tú llevaste a la muerte a muchos y nobles ciudadanos, no en combate con los fenicios ni con los medos, como mi hermano Cimón, sino conquistando una ciudad aliada y de nuestra misma raza.

Pericles, lejos de despreciarla, se acercó a ella y le sonrió con esa sonrisa que se emplea con los viejos amigos, y que significa que, por mucho que nos odien, nuestro amor por ellos está en lo profundo de nuestro ser. En efecto, él aún quería a aquella mujer como para consentir la afrenta, y con tranquilidad le dijo:

—No es a tu hermano al que rendimos homenaje, ni eres tú quién para reprocharme la muerte de mis conciudadanos.

Tucídides, a mi lado, me hizo una señal para que acercase mi oreja a su boca:

—¿Sabes quién es?

—No —le dije.

—Es Elpinice —respondió Tucídides—. Creo que él todavía le tiene afecto.

—¿Afecto? —le pregunté yo a mi amigo sin comprender de qué estaba hablando.

Pero Pericles, que ya avanzaba hacia el ágora, mandó a un esclavo a llamarme. Hacía más de un mes desde que habíamos terminado la campaña de Samos y que no lo veía más que en sus actuaciones de la Asamblea, y ahora se iba a producir aquel encuentro que tanto ansiaba.

Estaba esperándome en el ágora, en el pórtico de Zeus. A su lado, apartándose los velos negros que le cubrían el rostro, estaba Aspasia, a la que un esclavo cubría del sol con una sombrilla.

No la había visto en toda la ceremonia, y, aunque lo hubiera hecho, no la habría reconocido, ya que las mujeres ocultaban sus rostros bajo velos negros de fino lino. Aspasia no podía formar parte de la comitiva acompañando a la tribu de su marido porque era extranjera —las leyes de Atenas no le permitían participar de las ceremonias reservadas a los ciudadanos— y era demasiado conocida como para haberse atrevido a ignorarlo y saltarse aquel decreto.

Pero ahora que la ceremonia oficial había terminado, Pericles se había reunido con ella y con el resto de su numerosa familia, los Alcmeónidas.

Los Alcmeónidas no solo eran bien conocidos por ser una numerosa parentela, sino también porque se erigían en protagonistas de Atenas desde tiempos del último rey ateniense. La urdimbre social de la ciudad estaba en manos de los eupátridas, la nobleza, que en Atenas se reducía a pocas familias y que, como ocurre en todas partes, a veces se enemistaban y a veces tomaban juntas el mismo partido.

Los Alcmeónidas tenían como cabeza visible a Pericles, pero allí estaba su hermano Arifrón; sus hijos mayores, Jantipo y Páralo; sus sobrinos, Alcibíades y Clinias, de los que el estratega era tutor, y la hermana de Pericles con sus hijos. Luego estaba una confusa masa de primos, tíos y demás parientes procedentes de su *demos* y muchas mujeres y sus maridos que era casi imposible de identificar.

Además, a los Alcmeónidas se había unido Sócrates, que no se separaba nunca del bello sobrino de Pericles, Alcibíades, y que necesitaba vigilancia para que este no se descarriase. Alcibíades era un muchachito de apenas catorce años que despertaba la admiración de muchos hombres, que no paraban de solicitarlo.

Un ama de cría sostenía en brazos a un niño que a ratos correteaba por el ágora y a ratos se agarraba a la túnica de Aspasia. Luego Alcibíades se lo subió a los hombros y jugó con él fingiendo ser un caballo mientras le decía:

—Este pequeño párvulo sería capaz de mandar a un ejército.

El niño era el hijo de Pericles y Aspasia, y era aceptado como miembro de la familia. Pero Atenas no lo reconocía como ciudadano, y eso le impediría mandar ningún ejército, como parecía ignorar Alcibíades. O, tal vez, sus palabras encerraban fingida ignorancia, puesto que Alcibíades era muy inteligente para su edad y seguramente sabía ya la posición de aquel niño, que, aun siendo hijo de Pericles, no podía acceder a la ciudadanía.

Aspasia se apartó un poco mientras Pericles se acercó a mí para hablarme. Pericles se despidió de ella con un beso en la mejilla y luego ella partió camino a casa acompañada por los demás Alcmeónidas, mientras Sócrates esperaba al lado de Pericles y miraba distraído cómo Alcibíades desaparecía de su vista.

—Ha sido un hermoso discurso —le dije—. Las lágrimas todavía mojan mis mejillas.

—Los discursos son bellas palabras que luego se lleva el viento —me respondió Pericles.

—Escribiré a Protágoras y le hablaré de él —le dije—. Tucídides, el hijo de Oloro, asegura que hay dos hechos que congregan a la masa de Atenas: una tragedia de Sófocles y un discurso de Pericles, y hoy bien sé que lo segundo también es cierto.

Sócrates volvió el rostro hacia donde estábamos e, interesado en la conversación, añadió:

—Dime, Lisicles, si crees que en las palabras del joven Tucídides hay dos hechos irrefutables.

Pericles sabía que, si yo respondía a aquella cuestión, Sócrates podría pasarse la tarde discutiendo conmigo, así que

lo contuvo levemente con la mano indicándole medida y añadió:

—Sócrates, Lisicles no es rival para ti. Míralo, es solo un oficial, no un filósofo o un sofista que pueda entretenerte. Apenas ha cumplido los veinticinco años, y esta ha sido su primera guerra. Lo he mandado llamar para un asunto más banal, puesto que necesito justificar gastos ante la Asamblea y él participó en la guerra de Samos desde el principio. Protágoras decía de él que no sabía su destino, pero que tiene una cabeza bien dotada para el álgebra, lleva una vida ordenada y honra a los dioses. —Esta última observación parecía tener una gran importancia para Pericles.

—Mañana tendré que ir al arsenal —continuó dirigiéndose hacia mí—, y espero verte allí. Los registros de los trirremes se amontonan formando una pila de tablillas descomunal. Habrá que poner orden en todo ello. Buscaré un cargo para ti. —Y siguió dando por hecho que yo aceptaría aquella tarea que me encomendaba.

Sócrates a su lado, distraído con los preparativos de la plaza —el ágora estaba siendo acondicionada para unos juegos en honor de los héroes de Samos—, recobró su interés por mi persona.

—Joven Lisicles, esta vez te formularé una pregunta que no encierra oscuras intenciones. ¿Es verdad lo que dice Pericles de ti?

—Te aseguro que mi intención es responderte, pero desconozco lo que dice Pericles —le dije estupefacto.

—Él cree que podrías ser capitán de trirreme con los ojos vendados, las manos atadas y las orejas taponadas con cera como las de Ulises para evitar oír los cantos de sirena. —Y entonces Sócrates hizo una interrupción para mirar a Pericles de reojo y ver si esas palabras destapaban su ira, palabras que seguramente eran mentiras y había inventado el filósofo con la única misión de provocar a su amigo y conseguir retenerme por más tiempo. Como Pericles no se inmutaba, con-

tinuó—: También opina que necesitas unas pequeñas lecciones de declamación para poder destacar en la Asamblea y un poco de altivez para ser respetado. Los ciudadanos de Atenas solo respetan a los que hablan con propiedad, y hacen bien. ¿No opinas tú lo mismo, Lisicles?

Mi rostro se quedó paralizado por el comentario de Sócrates, y, ante mi perplejidad, Pericles añadió:

—No es mentira lo que Sócrates afirma, pero pone en mi boca algo que nunca ha salido de ella. Él es el único responsable de tales afirmaciones. Yo por mi parte creo que tal vez son un poco exageradas y que no debes ofenderte por ellas, sino aceptarlas como un consejo, aunque has de saber que los consejos de Sócrates yo los tengo en cuenta, pero rara vez los aplico.

—Dime, Lisicles —continuó Sócrates—, ¿cantarás esta noche para nosotros o vas a participar en los juegos de la tarde?

—¿Cantar para vosotros? —pregunté sin saber a qué se refería.

Pericles cabeceó un poco, y, al verse obligado por la estrategia de Sócrates, no tuvo más remedio que invitarme al simposio que habría en la velada.

Luego los dos partieron discutiendo algo relacionado con los funerales, y en vez de tomar el camino hacia donde se habían dirigido los demás Alcmeónidas, se dirigieron hacia la acrópolis charlando sobre las obras.

Cuando Pericles ya había partido junto con Sócrates, Tucídides, que todo ese tiempo se había mantenido a distancia observándome, se acercó y me dijo:

—¡Eres el favorito de los dioses! Pocos son los que pueden presumir de tener tratos con Pericles. —Y al enterarse por mis labios de que estaba invitado a la velada, añadió—: Eres afortunado. En su casa siempre hay gente interesante. Pero ahora ven; quiero enseñarte algo. —Y cogiéndome del hombro me arrastró hacia uno de los pórticos que rodeaban el

ágora—. ¿Te acuerdas de Elpinice, la que importunó a Pericles? Es pariente mía, y hace unos años era muy famosa por su belleza. Te la enseñaré.

Y conduciéndome hacia el norte del ágora me señaló una de las pinturas que adornan las paredes del Pórtico Pintado.

—¿Ves esta mujer? —La pintura representaba a Laódica, una de las troyanas que el pintor había retratado.

—Sí, es la más bella de las troyanas —le dije.

Entonces Tucídides me contó que aquel rostro era el retrato de Elpinice cuando era joven. Polignoto, el artista del cuadro, la había pintado mostrándola como una muchacha altiva y de rasgos bárbaros, muy apropiada en su papel de princesa troyana. Se adornaba con una corona que la hacía majestuosa entre todas las mujeres del cuadro.

—Elpinice era muy hermosa —continuó Tucídides—. En mi familia siempre se dice que ella es la medida de la belleza de las mujeres de Atenas. ¿Sabes que la corona era suya? A veces, en las reuniones familiares la sigue llevando. Esta noche se reúne mi familia, los Filaidas, y allí la veremos. No es tan soberbia como parecía hace unos instantes en el funeral; se ríe mucho de sí misma, y, como es vieja e hija de un héroe, puede contar tantas historias sobre Atenas que a veces estoy tentado de tomar nota de ellas y relatarlas al modo de Heródoto.

Tucídides pertenecía a una de las mejores familias de Atenas, los Filaidas, viejos enemigos de Pericles y rivales políticos en la Asamblea. Pero para él, que se apartaba de la política, aquellas riñas entre familias eran más una curiosidad que algo que tomar en serio.